

José Ramón Enríquez
(Sistema Nacional de Creadores)

Héctor y Aquiles

Mérida, 2013

Para Bruce Swansey

Un mito es una imagen participada
y una imagen es un mito
que comienza su aventura,
que se particulariza para irradiar de nuevo.
José Lezama Lima

Quedaré entre el tálamo y el ruido del arco.
José Lezama Lima

DRAMATIS PERSONAE:

HÉCTOR y AQUILES
en el décimo año de la guerra que los
hizo famosos.

PRIMER ACTO

Al abrirse el telón, Aquiles se encuentra de hinojos, mirando al público. Héctor es a él a quien mira fijamente. Tras un momento estatuario, habla Aquiles a Héctor.

AQUILES: Mira, Héctor...

*Héctor clava la mirada en el público.
Aquiles guarda silencio.*

HÉCTOR: ¿Qué?

AQUILES: ¿Qué..?

HÉCTOR: ¿Qué miro?

AQUILES: Hay niños todavía y construyen sus...

HÉCTOR: *(Tras la pausa de un Aquiles que mira azorado al público)* ¿Y construyen sus qué..?

AQUILES: No sé. No sé por qué lo dije.

HÉCTOR *(Tras nueva pausa)*: Pues yo sé que firmamos un contrato. Somos dos actores y debemos serlo precisamente aquí, sobre este escenario.

AQUILES: Sí. *(Parece salir de su azoro)* Se nos contó una historia y estoy seguro de haberla ensayado alguna vez, algún día, en algún lugar...

HÉCTOR: La memoria es débil.

AQUILES: Me parece recordar, entre sueños, que alguien nos dictaba parlamentos, pero no se aclaran los rasgos de su cara, ni el sonido de su voz. ¡Y sólo se trata de dejarnos llevar..!

HÉCTOR: *(Quien ahora ve con asombro al público)*: ¿Y por eso estamos aquí, reconstruyendo..?

AQUILES: Algo debemos celebrar algo, una especie de rito...

HÉCTOR: ¿Qué es un rito? ¿Tenemos acaso los elementos necesarios para celebrar un rito?

AQUILES: Las palabras y los gestos, podríamos reproducirlos. En cuanto a los acompañantes, tenemos un auditorio...

HÉCTOR: Y, ¿la magia..? (*Pausa*) Recordar. Es extraña la mecánica de la memoria.

AQUILES: Repasemos, reconstruyamos, dejémonos llevar...

HÉCTOR: Soy Héctor.

AQUILES: Soy Aquiles.

Se dirigen al público en tono informativo.

HÉCTOR: Hemos venido aquí para matarnos.

AQUILES: Nos odiamos.

HÉCTOR: Por eso estamos aquí.

AQUILES: Aunque la historia transcurre frente a Troya, es preciso hablar de más atrás, desde el momento cálido del templo.

Se separan. La luz cambia, entra música. Ambiente de templo.

HÉCTOR: No puedo precisar ni el día ni la hora. Ni si aquello fue el producto de una lenta evolución o sucedió de pronto... Sé que antes de mi primer recuerdo ya había ocurrido, y, precisamente por eso, me resulta tan difícil reconstruir los hechos. Se me repite la visión de un paisaje desolado: algún árbol seco y muy esbelto, el horizonte, allá, apenas perceptible por el cambio de grises de la tierra y el cielo. ¿Dónde estaba yo entonces? ¿Fue aquello antes de mí, fue una imagen intrauterina, era yo un niño pequeño? ¿De qué color tenía los ojos y qué figuras dibujaban mis dedos en el viento?

AQUILES: Por mi parte, aunque dude en la reconstrucción, del hecho estoy seguro: ocurrió y dejó un sello indeleble que me va definiendo mientras crece. Comencé a aprender los nombres de los dioses... El pecho de mi madre era un dios bueno. Su leche y su sonrisa diosas buenas, mientras el frío y la sed y el hambre eran los dioses malos. Era buena la música y malos los ruidos en la noche...

HÉCTOR: Sí. Buena la compañía, mala la soledad. Y a mi primera palabra le construí un templo. Quemé incienso para adorarla. Eran dioses las noches y los días y todas las miradas. Mis heces eran diosas buenas y los gases de mi vientre eran dioses buenos porque estaban en mí, nacían de mí y jugaba con ellos. El dolor era un dios malo, el peor de todos: aprendí a conocerlo en la diversidad de sus manifestaciones, a huir de él, a pedirle que tuviera piedad.

AQUILES: La alegría era una diosa buena y aprendí a saborearla ahí donde estuviera. Una liturgia confeccioné para el dolor y otra liturgia para la alegría. Dividí a los dioses en dos grupos:

los súbditos del dolor y los súbditos de la alegría. Levanté dos templos, uno frente al otro. Al centro, un altar de mármol, visible desde cualquier punto y destinado a la celebración del rito.

HÉCTOR: Pero una idea surgió y se fue aclarando poco a poco: todos aquellos dioses, agrupados en dos templos, no eran sino palabras de un lenguaje que se me hablaba al oído. Alguien había depositado en mi oído los huevecillos de su lenguaje y éstos habían viajado hasta llegar al cerebro, reproducirse ahí y continuar la ocupación de todos mis nervios.

AQUILES: Mi sangre también quedó llena de palabras y los latidos de mi corazón fueron la respuesta para aquel lenguaje que se me daba.

HÉCTOR: Los dioses buenos y los dioses malos entraban y salían de mí como las abejas de su colmena.

AQUILES: Cada uno de los hexágonos construidos era una palabra que yo debería descifrar.

HÉCTOR: Entendí que lograr la lectura de ese discurso, que no dejaría de escribirse, era mi destino.

AQUILES: Y que, las palabras en mis oídos, eran dichas por alguien que me amaba tanto como para hablarme. Lo amé también y derrumbé mis templos anteriores para construirle uno. Inigualable, alto, de columnas esbeltas, lleno de plantas trepadoras que representaran mis nervios y mis músculos, con pájaros cantores, un altar enorme y yo mismo quise ser el incienso a quemar para adorarlo.

HÉCTOR: Y le di un nombre... A ese alguien que me envolvía con su lenguaje, que me acariciaba y me ofrecía un pecho de palabras para reposar mi cabeza, lo llamé Dios. Dios... Dios era bueno: me alegraba, me entonaba, me escribía. Ahí supe que, más importante que Dios, era para mí la necesidad que tenía yo de Dios y se lo dije.

AQUILES: Pero, llegaron los mentores. Un desfile interminable de hombres y mujeres de todas las edades, complexiones, épocas o razas: pontífices, escribas, caudillos, abadesas, fariseos. Coleccioné las explicaciones que me dieron sobre todo. Eran miles de voces en todas las posibles tesituras, hablándome al oído, separándome de mí.

HÉCTOR: El desfile de mentores llega hasta aquí, a las puertas de Troya. Y olvidé el lugar donde quedaron las ruinas de mis templos al visitar tan sólo el templo multitudinario de los mentores. Olvidé mis liturgias y aprendí la suya...

AQUILES: Pero la entrañable certeza de escuchar la voz de Dios se alejó y, aquí, a punto de comenzar la batalla final de una guerra a la que los mentores me han traído, me pregunto por la posible ruta de regreso a las ruinas de mis templos, para encontrarme a mí y escuchar las sílabas de mi nombre, entonadas por Dios.

Pausa. Sube la música para decrecer, cambia la luz, hasta dejar el ambiente anterior.

AQUILES: Establecido un remoto punto de partida, ¿cuál es el siguiente paso?

HÉCTOR: Yo soy Héctor, tú eres Aquiles, pero en este momento todavía no nos conocemos. Pero necesito acercarme a ti y conocer tu punto débil para ganar terreno a la hora del combate.

AQUILES: Sé que eres el mejor guerrero de Troya y el más puro de los hombres.

HÉCTOR: Tú, más que un hombre, eres un semidiós.

AQUILES: Tu amor por Andrómaca y por tus hijos, tanto como tu fidelidad a la patria, son tema predilecto de los poetas.

HÉCTOR: Tu amor a Patroclo, tu independencia y tu bravura, también inspiran poemas.

AQUILES: Sé que tú no deseabas esta guerra: ella te salió al encuentro y, por más esfuerzo de tu parte, no pudiste evitarla.

HÉCTOR: Tampoco la deseabas tú: fue preciso un truco para envolverte en ella. Primer punto de unión entre nosotros. Ninguno de los dos deseábamos la guerra

AQUILES: Pero no huimos: odiando la guerra, estuvimos prontos a luchar con todas nuestras fuerzas.

*Pausa durante la cual recorren,
miden el escenario como campo de batalla.*

HÉCTOR: Ninguna espada puede atravesarte ni herirte ningún dardo, salvo en un punto. Por más traidores que he comprado, nadie me ha revelado tu secreto, porque nadie lo conoce. Y necesito saberlo para empatar el principio de la lucha... Así, te preparo una trampa... Sé te entregas a la lucha sin medida, aunque tu corazón dirige tu pasión.

AQUILES: En cambio, tu pasión, a la hora del combate, alcanza y justifica tu razón: eres tan valiente como astuto...

HÉCTOR: Salgo a tu encuentro: sé que te detendrás para calmar la sed y lavar tus pies en este río. Escojo el mejor disfraz: no excita tu deseo guerrero porque no admite comparaciones...

AQUILES: Pero, en cambio, gana mi confianza. Disfrazado de anciano, te sientas en una roca, bajo un árbol, junto al río...

*Héctor, ayudado por Aquiles,
se disfraza.*

HÉCTOR: Escucha mi voz cascada: escucha la infinita dulzura que se adivina tras de mi voz cascada.

AQUILES: Anciano: vengo de muy lejos buscando al más odiado de los hombres, ¿conoces tú algún lugar donde descansar a salvo y recuperar mis fuerzas?

HÉCTOR: Muchacho: ¿existe mejor sitio para reposar que la orilla de un río, bajo un árbol, con los pájaros, la hierba fresca y la naturaleza entera vigilando tu sueño? Este anciano permanecerá a tu lado, mientras reposas, velándote, atento para prevenirte del menor peligro.

AQUILES: ¿Y por qué habrías tú de velar mi sueño? ¿Qué ganarías con eso·?

HÉCTOR: Para un viejo, velar el sueño de un joven es volver a vivir, a soñar, mientras el joven sueña, con los días en que para dormir bastaba con cerrar los ojos...

AQUILES: ¿Cómo saber que no te envía mi enemigo?

HÉCTOR: ¿Podría yo traicionarte? ¿Qué puede hacer un pobre viejo, tullido y cansado, frente a un joven, fuerte, lleno de vida, astuto, como tú? ¿Tan repugnante te resulto como para creerme raza de traidores?

AQUILES: Me han enseñado a desconfiar hasta de las venerables cabelleras blancas.

HÉCTOR: ¡Mírame!

AQUILES: Sí. Tu edad y tu rostro me atraen, me dan confianza, pero...

HÉCTOR: ¿Pero..?

AQUILES: Te lo repito: ¡me han enseñado a no creer en nadie!

HÉCTOR: ¿Y qué hago yo convenciendo a un mozalbete? Cientos de años, miles de años, millones de años, llevo sobre mi espalda, y cada minuto de esa larguísima existencia lo he consagrado a luchar por la justicia y a venerar la verdad... ¿Ves esta cicatriz? Pues es un trofeo de guerra que obtuve cuando ni siquiera tus abuelos soñaban con ser padres... Luchaba al lado de mi rey... Para mí, un hombre humilde, no ha habido nunca gloria parecida a la de luchar junto a mi rey Un rey cuyo nombre es demasiado grande como para que lo pronuncie yo, y frente a ti... Me tomó en sus brazos cuando me vio herido... Creyó que la espada enemiga me había saltado el ojo, gimió conmigo Y elevó un canto a mi lealtad que todavía resuena en mis oídos. ¡Un rey cantando a la lealtad del último soldado...!

AQUILES: La lealtad es la mayor virtud: ¡venerado sea el rey que así la premia!

HÉCTOR: Siempre he cultivado la lealtad, y tengo como testigo este cuerpo cosido con cicatrices... Y, ahora, cuando apenas puedo tenerme en pie, llega un mozalbete a humillarme, poniéndola en duda mi lealtad...

AQUILES: No ha sido esa mi intención...

HÉCTOR: ¿Qué me importan a mí tú y tus intenciones?

AQUILES: Te pido me disculpes... He perdido la serenidad desde el día en que el cruel asesino me arrebató a Patroclo.

HÉCTOR: ¿A Patroclo..? Luego... entonces... tú... eres..?

AQUILES: Hasta tus oídos ha llegado esa historia de sangre.

HÉCTOR: ¡Aquiles! ¡Ay de mí! Y yo he presumido ante ti hazañas que superaste desde antes de nacer... Merezco que castigues mi insolencia, pero pongo a los dioses por testigos de que mi intención era otra. Estaba herido en mi orgullo... ¡Ay de mí! ¡Si hubiera sabido que quién llegaba hasta mí era Aquiles..! ¡Debí haberlo adivinado..! Mi señor.

AQUILES: Levántate, anciano, y ven a mis brazos.

HÉCTOR: Eres un rey: ¡Señor, me acojo a tu grandeza y me pongo bajo tu protección!

AQUILES: Me han conmovido tu hermosa historia y la lealtad que vibra en tus palabras... Desde este momento no tendrás nada que temer: ¡quedas bajo la protección de Aquiles!

HÉCTOR: ¡Oh, dioses venerados..! Pero, estás cansado y yo te entretengo.

AQUILES: Me ha hecho muy feliz el encontrarte.

HÉCTOR: ¿Compartirías conmigo mi alimento? Es poco: sólo pan y vino y sal... Quizá no te dignes aceptarlos...

AQUILES: Claro que acepto: ¡me muero de hambre!

En lugar de alimentos, Héctor extrae esposas y cadenas de su saco, para ponerlas en las muñecas de Aquiles. Erguido, como jefe de pista, Héctor muestra al público al esposado Aquiles.

HÉCTOR: Damas y caballeros: ¡he aquí al héroe!

Héctor hace restallar su látigo como señal para que Aquiles, con voz inexpresiva, recite.

AQUILES: “Canta, oh musa, la cólera del pelida Aquiles. Cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Orco muchas almas valerosas de héroes...”

El látigo de Héctor calla a Aquiles.

HÉCTOR: Este que ven nació para custodiar los tesoros de la patria.

AQUILES: Y para que la patria me pagara declarando mi nombre sacrosanto.

HÉCTOR: Los nacidos para ser vistos, deben servir como ejemplo. La cólera, el valor, el capricho, la generosidad, matar y dar vida, cuanto construye, contrastando, la figura del héroe, es un ejemplo. Todo, excepto aquello que niegue los valores adorados y signifique el encuentro con otros que los impugnen. ¡La contradicción nunca..! ¡Nunca la ruptura...! (*Nuevamente el látigo de Héctor.*) Damas y caballeros: ¡he aquí al héroe! Di, Aquiles, ¿qué es lo que más deseas?

AQUILES: ¿Lo que más deseo...? (*Pausa. Sonríe*) ¡Relatar un sueño que se me repite..!

Furioso, Héctor golpea el aire con su látigo.

HÉCTOR: ¡No...! ¡No...! ¡De ninguna manera...! ¡Sabes perfectamente que está prohibido relatar algo tan inútil como un sueño...!

AQUILES: (*Va doblándose*) Perdón..., perdón, perdón...

HÉCTOR: Ahora, vuelve a la razón y explica al público: ¿qué es lo que más deseas?

AQUILES: ¡Defender el orden que me ha sido heredado y entregar mi vida por la patria!

Satisfecho, Héctor aplaude. Invita al público para que aplauda con él.

HÉCTOR: Ahora, damas y caballeros, preparémonos para ver al héroe en acción: muestra al público, Aquiles, cómo matas.

Con la espada, Aquiles realiza una serie de ejercicios como frente a un enemigo invisible. En sus movimientos privan la fiereza y la crueldad. Héctor aplaude.

AQUILES: “Canta, oh musa, la cólera del pelida Aquiles...”

HÉCTOR: Damas y caballeros: ¡el héroe es invencible!

AQUILES: Sí, lo soy.

HÉCTOR: El público querrá saber por qué el héroe es invencible. Vamos, cuenta...

AQUILES: No, señor, no puedo.

HÉCTOR: ¿Por qué?

AQUILES: Mi secreto no debe divulgarse.

HÉCTOR: ¡El héroe es prudente..! Pero, Aquiles, ¿cómo podrían hacerte daño si eres invencible?

AQUILES: Porque lo soy, excepto en un punto...

HÉCTOR: ¡Tienes limitaciones! Damas y caballeros: ¡el héroe es humano!

HÉCTOR: ¿Temes morir?

AQUILES: No, si mi muerte es honrosa y sirve para la gloria de mi patria, que es cuanto más deseo... y... también... si fuera posible... Relatar un sueño que se me repite...

Héctor enfurece nuevamente.

HÉCTOR: ¡No insistas! ¿Qué te ocurre? Te dije que eso no es posible: los sueños son para tenerse en secreto y considerarlos debilidades que nadie debe conocer.

AQUILES: Sí, señor.

HÉCTOR: Acaso, cuando molesten mucho, para ir a que los extirpen.

AQUILES: Si, señor.

HÉCTOR: Pero, ¡jamás ·relatarlos en público, jamás hablar de ellos como de algo capaz de tomar forma!

AQUILES: Si, señor.

HÉCTOR: Los sueños quizás puedan contarse en la oscuridad al ser amado... ¿Comprendes? (*Héctor acaricia la cabeza que Aquiles agacha.*) Ahora, escúchame bien, Aquiles: nadie, aquí, quiere hacerte daño y, en cambio, todos deseamos alabarte y venerar tu nombre. (*Héctor va quitando las cadenas a Aquiles y, otra vez anciano, acaricia su cabeza hasta sentarse y recargarla sobre las piernas*) Háblame de ti, cuéntame todo. Para cuidarte, para protegerte, necesito conocer hasta tu punto débil... No temas hablarme de ello: soy tu esclavo, sólo deseo tu bien... Tu punto débil...

AQUILES: No debo...

HÉCTOR: Muchacho, pequeño, ¿quién puede amarte más que yo, si yo he conocido tu generosidad y he recibido la belleza de tus palabras..? Deja en mi custodia tu secreto, yo lo guardaré como un tesoro...

AQUILES: No debo...

HÉCTOR: Aún no estoy seguro de haber ganado tu confianza y ésta es una herida que sangra: tú, que prometiste curar todas mis heridas, hazlo con el bálsamo de esta máxima muestra de confianza.

AQUILES: Si tan importante es mi confianza para ti, hablaré si juras ante los dioses guardar mi secreto hasta la muerte.

HÉCTOR: ¡Juro, ante los dioses, guardar el secreto que Aquiles va a confiarme.. ! ¡Que todas las enfermedades, las angustias y las humillaciones caigan sobre mí y que, al morir, mi alma se consuma eternamente en el tormento, si traiciono su confianza!

AQUILES: El único sitio vulnerable de mi cuerpo es mi talón.

HÉCTOR: ¡Doy gracias a los dioses!

Se incorporan ambos.

AQUILES: ¡Lo lograste! ¡Lo lograste! ¡Arrancaste a Aquiles su secreto! ¡Qué maestría para engañar! Vamos perfectamente en la reconstrucción de todo. Sólo era cuestión de dejarnos llevar.

Ahora, voy al río. Hace calor y mis pies están ardiendo; heridos, además, por todos los guijarros del camino.

Aquiles va a lavarse al río y Héctor se agazapa.

HÉCTOR: (*Aparte*) Se está lavando en el río... Al fondo de mi trampa, Aquiles se lava en el río y todo perfila el sacrificio en el que yo, supremo sacerdote, culmine al victimar a este cachorro de una diosa que, ahora, en el río, prepara su cuerpo. Poco importa que no haya óleos ni perfumes, el agua fresquísimas y la frescura de sus carnes serán el mejor bálsamo... Ya se esparce en el aire ese aroma... El sumo sacerdote se prepara también: el verdugo, el defensor de su patria, Héctor el puro, el diamantino, Héctor el audaz, Héctor el astuto, se prepara también... El engaño resultó y el resultado está ahí, lavándose el talón en que va a clavarse mi dardo envenenado. Me muestra el sitio. Manejo la ballesta desde niño y nunca he fallado un blanco: Aquiles me muestra el blanco y lo limpia para que todo se cumpla bellamente. Su muerte será bella como el río. como él y como la justicia que tensa la cuerda de mi arco... (*Comienza a titubear*) y como la defensa de mi hogar que guía la flecha... Ya sólo es necesario que tome mis armas, apunte, dé en el blanco, Aquiles gire y me mire azorado; caiga, el agua lo reciba, lo bese, se tiña con el rojo de su sangre y se lo lleve hacia el mar... (*A Aquiles*) ¡Aquiles!

AQUILES: Di...

HÉCTOR: ¿No quieres un poco de vino? Paladea la frescura del vino, unido a la frescura del agua. (*Héctor le alcanza una copa.*)

AQUILES: ¡A tu salud! (*Bebe*).

HÉCTOR: (*Aparte*) Se acerca la copa a los labios, los abre ligeramente, apenas los toca el vino, separa la copa, cierra los labios y traga, y yo veo su glotis y los músculos de su cuello empuñados religiosamente en la tarea de llevar el vino al interior... Es como si me besara y los labios le quedaran manchados con este disfraz, que ya me resulta ridículamente insoportable, y se limpiara los labios creyendo que se limpia el vino, y la mancha pasara al dorso de su mano, pero no desapareciera porque no pudiera nunca desaparecer... (*A Aquiles*) ¡Aquiles!

AQUILES: Di...

HÉCTOR: No, no es nada. (*Aquiles lo mira extrañado*) Tantas batallas afectaron seguramente mi cerebro. (*Aparte*) ¿Qué estoy haciendo? El sumo sacerdote desea el beso de su víctima antes de asestar al golpe final. (*Aquiles vuelve a beber*) Con cuánta generosidad permite que el vino llegue a sus labios y con cuánta generosidad lo traga después, suavemente, para que el vino, vuelto mis propios dedos, lo acaricie por dentro... Es como si, al besarnos, selláramos el pacto mortal, final, el pacto de su talón violado por mi flecha, víctima y sacerdote, los astros en colisión, el murmullo del viento entre los árboles y sus pies en el agua... (*A Aquiles*) ¡Aquiles!

AQUILES: ¿Otra vez?

HÉCTOR: Querías relatarme un sueño, ¿no es verdad?

AQUILES: No tiene importancia.

HÉCTOR: La tiene para mí. Vamos, cuenta...

AQUILES: No... Ahora· ya no.

HÉCTOR: ¿Por qué?

AQUILES: No lo sé... Porque no... Quizá porque en esto de los sueños hay un momento en que pueden relatarse y, después, no. A tu salud...

HÉCTOR: (*Aparte*) Bebe, me besa nuevamente Y se escabulle... No quiere que sigamos hablando sobre el sueño; algo, dentro de él, le avisa que hablar de sueños es más peligroso que hablar de muerte: que adentrarse en el sueño puede trasladarlo a regiones extrañas, para andar por las cuales no está preparado... (*A Aquiles*) Me demostrarías un afecto enorme si me hicieras poseedor de tu confianza al relatar tu sueño...

AQUILES: ¿Cuántas muestras de confianza necesitas..? Además es un sueño estrúpido.

HÉCTOR.: (*Aparte*) Lo reduce a la nimiedad y, así, lo oculta, lo protege... Nada puedo hacer frente al muro inexpugnable que levanta, sin saber exactamente por qué, para cuidar el lecho de su sueño... Nada... ¿Por qué no lo dejé hablar cuando él quería..? Y, ¿por qué me intereso en ese sueño cuando debería tensar la cuerda de mi arco, apuntar, disparar y culminar el sacrificio...? ¿Qué importan ni sus sueños ni los míos frente a lo que debo cumplir..? ¿Acaso no estaré adentrándome en esa región extraña, para andar por la cual no estoy preparado..?

AQUILES: Anciano: estoy cansado, vigila, mientras duermo...

HÉCTOR: Descansa tranquilo.

AQUILES: Tu menor parpadeo puede ser fatal.

HÉCTOR: (*Aparte*) Si el menor parpadeo puede ser fatal, ¿qué será de mí ahora que tengo los ojos cerrados..? Vamos, Héctor, coge el arco y termina. Las voces de todos los troyanos son una sola voz que te pide su sangre: Andrómaca la exige y tu padre, Héctor, tu viejo padre. Tu madre, tus hijos, tus hermanos. ¡Tensa el arco! Ahí está, tendido, vuelto su talón el lugar más importante del cuerpo, y sueña con algo que puede parecerse a lo soñado por mí! Pero, ¿qué importancia tiene la identidad de sueños si somos enemigos y estamos aquí para matarnos..? ¿Por qué dudo..? Lo sé perfectamente, está inscrito en mí, lo he repetido en todos los tonos, saberlo es mi escudo y la razón de mis pasos: ¿por qué dudo de que debe morir? Estamos hechos para que lo mate o para morir yo a sus manos, no para encontrarse conmigo y charlar sobre sueños... Troya es algo concreto que supone todo, ¿qué es un sueño..? Dispara, Héctor, no te comportes como una damisela que suspira a la luz de la luna..! Míralo dormido: ya preparó su cuerpo para el sacrificio, ya besó los labios del sumo sacerdote, sólo espera el golpe Y, mientras llega, sueña... ¡Sueña..! Pero el suyo es enorme, un sueño de verdad que no se parece a la luz de la luna; si fuera más pequeño no ocultaría con tanta fuerza su imagen protegida... Y mi interés en alguien capaz de soñar surge, también, del fondo: es una orden incomprensible dictada por alguien que me trasciende... ¡Oh, si fuera posible escoger la hora y el lugar de los encuentros..! ¡Quiero despertarlo y hablar con él, pedirle que confrontemos nuestros sueños..!

Héctor comienza a quitarse el tosco sayal que lo disfraza. Aquiles lo detiene.

AQUILES: ¿Qué haces..? Si te desenmascaras comprenderé el engaño y no seré capaz de resistirlo. Mi orgullo herido me volverá resorte que se contrae para saltar después y lanzar el aullido del héroe burlado. (*Se contrae sobre sí mismo*)

HÉCTOR: ¡No importa que arda Troya mientras te hablo de sueños...!

*Héctor se arranca el disfraz, Aquiles salta y cuando su aullido hace temblar el teatro.
Héctor se agazapa mientras Aquiles,
ora frente a sus armas.*

AQUILES: Un pequeño casco de metal que cubre el sexo... Oro, plata y hierro forjado para proteger la espalda y el pecho... Tiras de cuero crudo, con incrustaciones de hierro, para cuidar de la cintura a los muslos... Zapatos y espinilleras que, sin restar agilidad, cubran lo más posible... Guanteletes de cuero crudo hasta los codos... Y el casco, regalo de los dioses, oro puro que brilla como un astro, para infundir terror al enemigo y protegerme el rostro y la cabeza. Escudo y espada, forjados en la fragua de Vulcano. ¡Dioses del Olimpo, obediente, aquí estoy!

Su imagen queda inmóvil.

HÉCTOR. (*agazapado*) Aunque quisiéramos pensar en otra cosa, una doble imagen nos obsesiona: la muerte y el deseo de continuar viviendo. Debemos morir y agradecemos que todos esperen rendir homenaje a nuestros cadáveres cubiertos de gloria, pero algo se rebela. (Se acerca a la imagen estatuaria de Aquiles frente a sus armas) Es el héroe obediente y sabe que su espíritu irá a olímpicos jardines, pero; ¿y su piel, su lozanía; sus músculos, su fuerza..? El divino Aquiles, el de los pies ligeros, tiembla frente a sus armas.

Vuelve a esconderse y Aquiles a animarse.

AQUILES: ¡Dioses del Olimpo, obediente, aquí estoy! Invalido mis temores y me entrego al fuego sagrado del deber. (*Aquiles se mira las manos.*) ¿Qué dirán las aves de mis manos .. ? Pájaros mis manos. Son mis dedos las alas que abren los espacios. Podría contemplar por siglos el vuelo de mis manos, la envidia de las aves y a mis dedos, eternamente erectos, capaces de acariciar... Por eso las ama el viento y los cuerpos que tocan y, también yo...

Aquiles queda inmóvil, mirándose las manos el tiempo justo para que Héctor informe al público

HÉCTOR: (*Al público*) Sus manos tienen prohibido el vuelo, cualquier vuelo...

AQUILES: (*Aquiles se mira los pies.*) Aquiles, el de los pies ligeros... Guarda mi talón el secreto íntimo que sólo olvido cuando mis pies me guían a los estanques... ¿Qué caminos no quisieran andar.. ? Mis pies ligeros, amados por la tierra que los besa...

Queda inmóvil mirándose los pies

desnudos, mientras Héctor informa.

HÉCTOR: Para los pies de Aquiles, el campo de batalla. Su función es hollar la tierra al ritmo de tambores y conocer el estiércol de los caballos, la sangre putrefacta de los guerreros muertos...

Aquiles se desnuda el torso.

AQUILES: La caja de resonancia de todo cuanto tengo... Duro, con su tensa piel como objeto del sol... Torso que acompaña mis sueños con el ritmo vital de los pulmones... Geométrico mi torso, construido para la caricia, ofrecer reposo a una cabeza y guardar la predilecta víscera que late en su interior.

Permanece inmóvil mostrando el torso.

HÉCTOR: Que el torso de Aquiles se interponga entre las flechas enemigas y el orden que ellos dictan, es la voluntad de los hombres de torso destemplado.

Aquiles se descubre las piernas.

AQUILES: Mis piernas cinceladas. Raíces que emergieron de la tierra, resortes que me llevan de volcán en volcán. Puentes con músculos que soportan tensiones y con vellos que las visten para el momento de las caricias y las decoran... Columnas barrocas que sustentan mi altar...

Queda inmóvil mirándose las piernas.

HÉCTOR: Las piernas de Aquiles deberán ser minadas, asaeteadas, rotas, hasta volver imposible, sobre ellas, la construcción de un templo...

Aquiles mira sus brazos.

AQUILES: Aspas, hélices para efectuar un vuelo zigzagueante, con sus bíceps potentes, con sus venas como canales, factores devotos de mi simetría... Me duplico cuando abrazo...

Aquiles queda inmóvil, con los brazos en alto.

HECTOR: Es peligrosa la duplicidad, porque, al mirarse alguien frente a sí, puede comprenderse amable y los brazos de Aquiles tienen prohibido llegar a otros seres para acercarlos...

Aquiles se despoja y se mira desnudo.

AQUILES: El milagro de un cuerpo que puede proyectarse y ofrendar el alba muestra de que en él todo es vibrante. Las líneas que me cruzan tienen a mi sexo como vértice. Se elevan las montañas, rasgan el cielo los cometas y yo renazco al efectuar el misterio...

Queda inmóvil, mostrándose.

HÉCTOR: Nunca el amor para Aquiles: la función de su sexo es servirle de piedra de escándalo y avergonzarlo si llega a desobedecer la orden de producir materia esclavizable...

Aquiles se acaricia el rostro y el cabello.

AQUILES: Y mi rostro y el marco múltiple, delgado, de mi rostro que danza con el viento. Mis ojos, mis oídos, mi nariz, mi boca y los ángulos de mis mandíbulas. Todo yo resumido en mi rostro, mientras mi cabello juega, esperando unos dedos que lo acompañen...

Queda inmóvil mirando hacia arriba.

HÉCTOR: No debe haber manos que acaricien su cabello y lo acompañen en sus juegos. Debe su rostro deformarse para que toda belleza se vuelva odio y despierte miedo... (*Sollozando, Aquiles cae al suelo.*) El divino Aquiles, el de los pies ligeros, soporta apenas su metamorfosis... ¡Aquiles! (*Cuando Héctor llama a Aquiles y éste nota su presencia, las luces cambian, hasta iluminar todo el escenario. Aquiles corre hacia sus ropas.*) ¡No..! ¡No las necesitas..! Tu propia piel es el ropaje tejido para ti al principio de todo.

AQUILES: ¡Mi espada..!

HÉCTOR: Siente cómo esas ropas son extrañas. Nos secuestraron, Aquiles, ¡hemos sido engañados!

AQUILES: ¡Traidor..!

HÉCTOR: ¿Por qué te cubres? ¿Acaso te avergüenzas de ti?

Aquiles termina de vestirse.

AQUILES: Me avergüenzo de ser hombre cuando te veo... ¡Traidor!

HÉCTOR: ¿Y tú, que traicionas a tu cuerpo y te disfrazas de algo tan distinto de ti?

AQUILES: (*Empuña la espada*) ¡Pelea, traidor!

HÉCTOR: Si lo fuera, te habría matado en cuanto obtuve tu secreto, pero quiero encontrarte y hablar de tu sueño que, estoy seguro, es idéntico al mío.

AQUILES: ¡Estás loco..! Si Héctor, el defensor de Troya, está loco, la guerra ha terminado.

HÉCTOR: ¡Oh, si fuera posible escoger la hora y el lugar de los encuentros...!

Pausa.

AQUILES: No, no va a ser tan fácil convencerme. Aquiles está demasiado seguro de lo que dice, son muchos años de rechazar cualquier palabra que impugne lo aprendido. No aceptaré escucharte.

HÉCTOR: ¿Y la curiosidad?

AQUILES: Es verdad. (*Pausa.*) ¡No me engañas, traidor, pero habla de tu sueño!

Conforme avanza el relato de Héctor, Aquiles se va identificando hasta intervenir en él.

HÉCTOR: Cuando oscurece, desde hace mucho tiempo, casi todas las noches tengo un sueño: voy rumbo a casa por una vereda angosta, iluminada por la luna, con una fatiga enorme, como si llevara siglos andando esa vereda con cadenas atadas a mis pies. Inmensamente fatigado, un saco lleno de piedras, el peso de todo el Universo sobre mi espalda... La luna brilla en el cielo, bellísima, y mi casa, iluminada por la luna, se ve en la lejanía... Camino solamente, con un ritmo constante, sin pensar...

Aquiles arrebató a Héctor la palabra.

AQUILES: Aparece un pensamiento como una ráfaga: en mi casa no hay luz y, si no fuera por la luna, perdería el rumbo. Miro hacia el cielo y agradezco su cuidado...

HÉCTOR: Sin variar el ritmo de mi andar, voy así, con un solo pensamiento, cuando, en un instante, siento que la sangre se me hiela: ¡escucho los latidos de otro corazón...!

AQUILES: ¡Estoy solo, en medio de un camino, y escucho los latidos de otro corazón, contrapunto a los latidos del mío!

HÉCTOR: Hay más: siento que alguien me toma de la mano... Miro hacia un lado y hacia otro, para convencerme una vez más de que estoy solo, ¡absolutamente solo...!

AQUILES: El miedo, delgado y afilado, me entra por todos los poros...

HÉCTOR: Pero, ¿es miedo?

AQUILES: ¿El miedo se parece a esta sensación de que todo está a punto de estallar, de que los edificios se vendrán abajo y de que un cambio completo va a operarse?

HÉCTOR: Lentamente, como si en realidad no quisiera ver, levanto la mano a la altura de mis ojos: ¡hay una mano tomándome la mía...!

AQUILES: ¡De mi muñeca nacen dos manos que se entrelazan..! ¡Una mano y otra, dos manos más unidas, acariciándose..!

HÉCTOR: Quisiera arrancar ese algo monstruoso pero no puedo distinguir, de entre las dos, cuál es mi mano...

AQUILES: Y los latidos de otro corazón siguen haciendo contrapunto a los latidos del mío: ¡ay!, ¿cuál es el mío...?

HÉCTOR: Me echo a correr, no sé por qué; no sé por qué quiero alcanzar mi casa lo antes posible, llegar a mi habitación, cerrar la puerta y amontonar todos los muebles contra ella.

AQUILES: Corro, corro, y voy cada vez más rápido porque, no tardo en comprenderlo, son cuatro piernas las que me mueven y cuatro brazos los que agito en el aire...

HÉCTOR: Cuando llego a mi casa, sofocado, apenas necesito comprobar que tengo veinte dedos en las manos, cuatro antebrazos, cuatro pantorrillas, cuatro rodillas, cuatro muslos, y que, tras la carrera, mis dos corazones se me salen por las bocas...

Pausa.

AQUILES: De pie, yo frente a mí... Y no se trata de un espejo: soy yo dos veces, las dos veces yo, de carne y hueso, respirando, sudando...

HÉCTOR: Temblorosos, yo y yo nos tocamos, atónitos, incrédulos: nos desnudamos para comprobarnos centímetro a centímetro...

AQUILES: Soy yo y soy yo. Pero si esto lo he deseado desde hace tanto tiempo: ¡estar frente a mí, abrazarme y besarme los labios...!

HÉCTOR: Me abrazo, me beso los labios y caigo conmigo sobre el lecho...

AQUILES: Pero si desde siempre he deseado tenerme así: acariciarme, pasar mi lengua por mis labios, después por mis mejillas, Y, después, besarme el cuello...

HÉCTOR: Yo y yo nos besamos el cuello al mismo tiempo. Estamos excitados como nunca, y nuestros corazones laten a un ritmo que parecería imposible.

AQUILES: Mi corazón y mi corazón, los nuestros... Nuestros labios besándonos mis hombros y la punta de mis lenguas pasando, apenas, por nuestros vientres...

HÉCTOR: ¡Siglos de gritos contenidos agolpándose en un instante!

AQUILES: ¡El falo de la tierra, todos los tótems, las torres y los campanarios, las agujas de las catedrales, a punto de estallar en nuestras bocas...!

HÉCTOR: Mis bocas, mis lenguas, mis orgasmos: ¡yo y yo...!

AQUILES: Comprendo, comprendemos, que estamos tragando el Universo, consumiendo el Universo profanado...

HÉCTOR: Yo, conmigo, me comprendo el profanador de todo el Universo...

AQUILES: ¡Somos el profanador feliz del Universo...!

HÉCTOR: Al llegar a este punto, me despierto, encuentro a Andrómaca a mi lado, y la amo muchísimo, la abrazo y hacemos el amor... Compruebo que no puede ser igual a aquello que soñé: nada puede parecerse a un sueño en el que fui el objeto y el sujeto de mi propio amor...

AQUILES: Al llegar a ese punto, me despierto Y sonrío...

*Con su última línea, Héctor y Aquiles
quedan mirando al público. Tras una pausa,
sobreviene una explosión violenta.*

HÉCTOR: ¡Cuidado Aquiles, el mar se está picando..!

AQUILES: ¡Corre a las velas..!

HÉCTOR: ¡Asegura el timón..!

AQUILES: ¡Mira las olas..!

Cambia la luz en el escenario: rayos, quizás efectos estroboscópicos que signifiquen, junto a los ruidos y la música, una tormenta. Héctor y Aquiles, de un lado a otro, cayendo y recuperando apenas el equilibrio, en una especie de danza extraña, participan de los efectos.

HÉCTOR: ¿Por qué se levanta el mar, furioso contra mí, y quiere lastimarme? Cuando el mar me amenaza, no lo entiendo. Lo conocí sereno, mar de seda, llegando a mí en la playa para después volver a penetrarme con sus gotas saladas, como las lágrimas que me enjugó. Cuando la ola es un brazo temible, recuerdo la brillantez de su espuma jugando suavemente junto a mí.

HÉCTOR: Esas rocas que se alzan como informes puñales, como yunques esperando romperme cuando el mar me dirija contra ellas, fueron lecho amistoso donde durmiera yo. Recuerdo las anémonas que traía del fondo de mí mismo, para para soñar con caminos marinos.

AQUILES: Las recuerdo y te recuerdo a ti, paternal y maternal y fraternal y cariñoso, obsequiándome peces con colas como el manto regio que llevabas tú. Mar. ¿Por qué, mar, te enfureces contra el mismo que un día soñara con su beso?

HÉCTOR: Y, si Dios es el mar, ¿por qué Dios quiere lastimarme? ¿Te burlas ahora, Dios, o entonces, cuando mirábamos la redondez de las esferas..? Me rompes los huesos con las manos que ayer me construyeron.

AQUILES: El mar, implacable, se divierte con su fabricación de naufragos.

HÉCTOR: Su tridente me clava en la bóveda oscura, Y el día se nubla para no ver mi muerte, fundida a la del sol, cuando amanezca...

La luz sube. Héctor y Aquiles están en el suelo, como si una tormenta los hubiese arrojado, semiahogados, a una playa.

AQUILES: ¿Estás bien?

HÉCTOR: Muy cansado. Me duelen los músculos y todos los huesos. Pero no creo haberme fracturado nada. ¿Y tú?

AQUILES: No, tampoco yo.

Penosamente se incorporan.

HÉCTOR: ¿En dónde estamos?

AQUILES: Alguna playa... No sé...

HÉCTOR: Estamos solos...

Pausa durante la cual recorren el escenario.

AQUILES: Tengo frío... Podemos encender una fogata..., pero no recuerdo cómo.

HÉCTOR: Tampoco yo... Tendremos que reinventar el modo de hacer fuego.

AQUILES: Si nuestros cuerpos, al unirse, producen calor, entonces, de dos maderos que se froten sin descanso, también nacerá una chispa parecida al fuego de nuestros cuerpos...

Toman los maderos, se entregan a la tarea y, mientras lo hacen, hablan.

HÉCTOR: ¿Te das cuenta, Aquiles? Reinventamos el fuego a partir de nosotros. Y deberemos reinventar todo lo demás. ¡Estamos cambiando nuestra imagen! O, por fin, estamos produciendo nuestra imagen...

AQUILES: Para hacerlo, quizás, llegamos a este escenario. Tal vez sea ésa la razón de las tormentas.

HÉCTOR: Deberíamos pensar en construir nuestro refugio, porque esta noche helará. *(Se aparta de la fogata y se dirige al público.)* Y Héctor y Aquiles construyeron un lugar que les sirviera de estancia para guarecerse del mal tiempo.

AQUILES: Héctor y Aquiles no se cansaban de mirarse a los ojos...

Vuelven a la fogata.

HÉCTOR: Cuando niño, quise construir un lugar así.

AQUILES: Pero fuimos creciendo, nos prepararon para la guerra y la guerra llegó. ¡Diez años de guerra.. !

HÉCTOR: ¡Diez años blandiendo estas espadas.. !

Héctor y Aquiles empuñan sus espadas, se miran y sonríen.

AQUILES: ¿Qué sabía yo de ti hace diez años..?

HÉCTOR: ¿Cómo podía no odiarte hace diez años..?

Se miran fijamente y empiezan a jugar con las espadas. Comienza el diálogo, muy pausado, y, conforme éste avanza, el juego se vuelve lucha verdadera.

AQUILES: No busqué tu sonrisa...

HÉCTOR: Ni el juego de tus manos que, en el aire, se enamoran del juego y se dejan llevar...

AQUILES: Diez años esperé que llegaras a decirme tu nombre...

HÉCTOR: Llegaste desde atrás...

AQUILES: Y, una historia de zumbidos de abeja...

HÉCTOR: De húmedos troncos que se visten de musgo...

AQUILES: Y de reyes...

HÉCTOR: Tal fue tu aureola cuando te vi, de frente, continuar el camino...

AQUILES: Estaba yo ahí...

HÉCTOR: De ese modo se comienza el viaje a las montañas...

AQUILES: Las montañas: nuestro lecho...

HÉCTOR: Y en este torso tuyo, transparente, pez con manos...

AQUILES: En este torso tuyo, transparente pez con manos, me encuentro descifrando...

*Con la última línea, Aquiles hunde la espada en el torso de Héctor.
Hay una ráfaga. Tras un momento de azoro, Héctor cae, muy lentamente
y, antes de hacerlo por completo, con una flecha que toma del suelo,
hiere a Aquiles en el talón, para que se desplome también.
Cambia la luz y ambos se incorporan.*

HÉCTOR: ¿Qué pasó con nosotros?

AQUILES: ¡Nos matamos, Héctor, nos matamos!

HÉCTOR: Luego, la orden de la historia se ha cumplido en nosotros.

AQUILES: Pero estamos vivos otra vez...

HÉCTOR: Es necesaria una pausa para descifrar algo así.

AQUILES: Culminaba nuestro encuentro...

HÉCTOR: Los mentores, Aquiles, nos olvidamos de los mentores. Están aquí y nos rodean: esas voces tuyas, que injertaron en nosotros durante tantos años, existen para modificar las rutas. Para ellos, sólo es cuestión de seleccionar las cosas que ven, resolverlas a su antojo y decidir que fue una lucha a muerte lo que transcurriera como acto de amor.

AQUILES: Ver lo que quieren ver, donde quieren verlo...

HÉCTOR: Llevan siglos haciendo, siglos practicando: se unen los unos a los otros, y transmiten el secreto de su química, de generación en generación, hasta formar un bloque impenetrable.

AQUILES: Un risco donde se estrelló el mar. Así, convirtieron las caricias en golpes de espada antes de ver en peligro su moral y su lógica. Sí. Y, nosotros, al gozar del mundo reconstruido, olvidamos el poder de los mentores.

HÉCTOR: Pero debe haber más puesto que estamos vivos y ellos no pueden cantar victoria mientras la muerte no sea definitiva.

AQUILES: ¿Resucitamos? No. Te maté con la espada y tú con una flecha me heriste en el talón.

HÉCTOR: ¿Qué es, entonces, todo esto?

AQUILES: Es la obra de un autor empeñado en continuar, utilizando aun la traición de los mentores y la furia de las tormentas y los encuentros y la muerte, para construir aquello que desea.

HÉCTOR: Pero existen dos voces que exigen ser oídas: la voz de los mentores y la voz de la imagen.

AQUILES: La palabra original y la traición original a la palabra...

HÉCTOR: Todo es Dios produciendo metáforas y nos dicta también en este espacio.

AQUILES: Ya me entiendo: quiero ser Dios también. Quiero pronunciar una palabra y tomarla en las manos, repetirla, amasarla, golpearla en las tormentas para que construya su estancia...

HÉCTOR: Asegurarme de que ésa es la palabra y enamorarme de ella. Volver sobre mis pasos. Alejarme, para mirar a la palabra entera, sembrarla, protegerla y cuando mi palabra encarne, acariciar su cuerpo con mi lengua y decirla en su oído.

AQUILES: Y acostarme con ella, abrirla, penetrarla, para que la mutua fecundación sea el principio de mí, vuelto palabra. (*Pausa, habla al público.*) En este preciso instante se cumple un siglo de aquel momento en el que yo, preparándome para la muerte, me despedía de mí.

HÉCTOR (*Id.*): Y de que yo arrancara secretos con la misma técnica con la que a mí me fueron arrancados.

AQUILES: El escenario, ¡qué oscuro estaba entonces..!

Comienza a llover.

HÉCTOR: Llueve, Aquiles, y eso significa que se acerca el final.

AQUILES: Cada gota es un espejo cóncavo, traspasado por la luz, que me refleja, me despide y me deforma...

HÉCTOR: Así yo, diez millones de veces, me desmayo cuando caigo a esperar la llegada de un sol que habrá de evaporarme...

AQUILES: Me precipito en un rito circular...

Pausa. Cesa de llover y cambia la luz.

HÉCTOR: ¿Y ahora?

AQUILES: Ahora, el Circo, el Circo nuevamente...

HÉCTOR: Hay que pagar el último tributo a los mentores y permitir que se inventen su triunfo.

Héctor y Aquiles toman sendos látigos.

AQUILES: Señoras y señores: todo está bajo control: los leones no tienen dientes y los tigres no pueden escapar de sus jaulas.

HÉCTOR: Goce, sufra, ría, y váyase a su casa, aquí no ha pasado nada.

AQUILES: La palabra es frágil y se va con el viento, si usted sopla.

HÉCTOR: ¡El circo..!

AQUILES: ¡El circo desde siempre y para siempre! Pero, basta de preámbulos: ¡preparémonos para ver el acto culminante de la noche.. !

HÉCTOR: El héroe, capaz de todo menos de traicionar la cultura que lo engendró, arrastrará el cadáver de su enemigo en torno a las murallas de la ciudad sitiada, envuelto por los vítores de los suyos y por el llanto de los míos...

*Pausa. Desenvainan las espadas, luchan y Aquiles mata a Héctor.
Lo toma de un pie y, lentamente, lo arrastra por el escenario.
Cuando hablan se dirigen uno al otro, prescindiendo del público.*

AQUILES: De entre la multitud, de las murallas, vendrá un flecha a clavarse en mi talón...

HÉCTOR: Le toca el turno a París de entrar en la leyenda.

AQUILES: Héctor y Aquiles: los dos somos tu cadáver vencido, arrastrado en torno a las murallas.

HÉCTOR: Vamos a terminar la representación celebrando nuestra muerte para integrarnos, después, a la metáfora...

AQUILES: Que se ríe de los mentores mientras construye su única palabra...

HÉCTOR: Ríe tú, también. Arrastra mi cadáver y ríe tú, también.

Una música, una ráfaga de luz: la flecha de París alcanza el talón de Aquiles.

HÉCTOR: ¡La flecha de un imbécil..!

Aquiles se desploma hasta quedar de hinojos, mirando al público.

AQUILES: Mira, Héctor: hay niños todavía y construyen sus templos.

TELÓN FINAL.